

# Breve historia del concepto de raza

Michael Yudell

En los albores del siglo *xxi*, la mayoría de los científicos y sociólogos entienden que la idea de la raza –la creencia de que los pueblos del mundo pueden organizarse en grupos biológicamente distintivos, cada uno con sus propias características físicas, sociales e intelectuales– es un concepto inadecuado. Al fin y al cabo, los científicos piensan de modo muy diferente sobre la raza hoy en día a como lo hacían tras el Movimiento de Derechos Civiles, cuando había quienes defendían la inferioridad genética de los negros como argumento contra una política social y económica igualitaria, y ciertamente muy diferente a como pensaban hace uno o dos siglos, cuando se articularon las justificaciones científicas de la esclavitud y posteriormente la legislación sobre segregación racial (las llamadas leyes Jim Crow). En otras palabras, la raza, cuyo significado científico arranca aparentemente de las señales visuales y genéticas de la diversidad humana, es una idea con un pasado palpable, un presente conocido y un futuro incierto. Los cambios se deben a una serie de variables, como la geografía, la política, la cultura, la ciencia y la economía.

Hoy en día, a pesar del creciente consenso entre los científicos en que la raza no es, de hecho, un instrumento clasificatorio útil,<sup>1</sup> comprender la diferencia y la diversidad humanas sigue siendo un elemento fundamental de la práctica científica contemporánea, lo que supone una contradicción aparente: ¿cómo estudiar la diferencia humana sin hablar de la raza? Por una parte, desde la década de 1930, los avances en la genética de poblaciones y la biología evolutiva han llevado a muchos a concluir que el concepto de raza no era un marcador de la diferencia biológica especialmente útil o preciso. Para la década de 1970, muchos prominentes biólogos, como los genetistas Richard Lewontin y L. Luca Cavalli-Sforza, empezaron a considerar el concepto de raza como una forma muy deficiente de organizar la diversidad genética humana que es inseparable de los prejuicios sociales acerca de la diferencia humana que engendraron el concepto en el siglo *xviii* y han acompañado su significado desde entonces.<sup>2</sup> Los historiadores y los sociólogos creen que la raza es un concepto construido socialmente, lo que implica que el significado biológico de raza se ha visto restringido por el contexto social en que se ha llevado a cabo la investigación sobre la raza.

Por otro lado, puesto que estudiar las diferencias genéticas puede hacernos entender mejor la evolución, las enfermedades y el desarrollo humanos, la relación entre genética y diversidad humana sigue siendo un ámbito provechoso de investigación científica. El desafío estriba en crear una nueva terminología y metodología científicas que permitan conseguir resultados en el estudio de la diferencia humana sin recapitular nociones obsoletas y racistas a menudo asociadas con el concepto mismo de raza. Algunos científicos han introducido métodos novedosos para cuantificar la diferencia entre poblaciones humanas, por ejemplo mediante la ascendencia, la etnia y la población como sustitutos o derivados de la raza. En cambio, otros se mantienen firmes en la creencia de que ahora los adelantos técnicos y metodológicos permiten examinar la diferencia racial con una mayor precisión que es ajena a todo prejuicio social.

En el presente artículo se describe la función que el pensamiento científico ha desempeñado, desde finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XX, en la creación de un lenguaje para medir el significado de la diferencia humana que se manifiesta en la forma de raza, y se describe también cómo en el transcurso del siglo XX, la mayoría de los científicos han acabado por rechazar el concepto. Finalmente, el artículo concluye con un breve examen del estado actual del pensamiento racial en biología.

## CONCEPCIONES SOBRE LA RAZA ANTES DEL SIGLO XX

Desde que Thomas Jefferson escribiera en la Declaración de Independencia que «todos los hombres han sido creados iguales», los Estados Unidos han batallado con la brecha entre el ideal jeffersoniano y las realidades de la experiencia norteamericana. Jefferson mismo fue autor de algunas de las primeras ideas sobre la raza y la ciencia en los Estados Unidos. En 1787, poco más de una década después de haber redactado la Declaración, Jefferson sugirió en su libro sobre la historia natural de Virginia, *Notes on the State of Virginia*, que la diferencia entre las razas «está fija en la naturaleza» y planteó la hipótesis de que los negros eran «de origen una raza diferente». <sup>3</sup> La contradicción entre la Declaración y las *Notas* puede entenderse, sin embargo, por la opinión que tenía Jefferson de la humanidad misma. Si los negros fueran de una naturaleza distinta, y no estuvieran incluidos en la definición de «todos los hombres», la igualdad estipulada en la Declaración no se aplicaría a todos.

No obstante la prominente voz de Jefferson en la cuestión (una voz especialmente plagada de contradicciones <sup>4</sup>), los estadounidenses y, con anterioridad a ellos, sus parientes europeos habían examinado hacía tiempo la naturaleza de la diferencia humana. El historiador Frank Snowden, al analizar el contacto entre blancos y negros antes del siglo VI, observó que si bien existía una «asociación de lo negro con el malo agüero, los demonios, el diablo y el pecado, no consta

en los documentos que hubiera una imagen estereotipada de los etíopes como la personificación de demonios o el diablo». <sup>5</sup> En la antigua Grecia y Roma «la principal división entre las personas se entendía claramente que era la que había entre los ciudadanos y los bárbaros», entre el ciudadano político y los ajenos a la *polis*, y no entre linajes de sangre o el color de la piel. <sup>6</sup> La mayoría de los estudiosos actualmente aceptan la idea de que en el mundo antiguo «no puede detectarse concepto alguno equivalente al de “raza” en el pensamiento de los griegos, los romanos y los primeros cristianos». <sup>7</sup> Derivar la variación humana del linaje o el parentesco fue una forma relativamente nueva de clasificar a los humanos. La idea cobró fuerza hacia finales de la Edad Media a medida que los sentimientos antijudíos, enraizados en un antagonismo hacia las creencias religiosas judías, comenzaron a evolucionar hacia el antisemitismo. Estas ideas en torno al linaje de sangre racionalizaron el odio antijudío como odio a un pueblo. Por ejemplo, los marranos, los judíos españoles bautizados, eran considerados por su linaje una amenaza para la Cristiandad porque no podían demostrar pureza de sangre ante la Inquisición. <sup>8</sup>

A partir del siglo XVIII, en el apogeo de la Ilustración en Europa, esas ideas se utilizaron para explicar la diversidad de la humanidad, impulsadas en parte por las experiencias con nuevos pueblos durante la exploración colonial, la necesidad de argumentar con fines de justificación la inferioridad de determinados pueblos a medida que la esclavitud se extendía en las colonias europeas, y el surgimiento de una nueva ciencia que permitía evaluar y explicar la diversidad en *todas* las especies. Si bien la palabra «raza» existía con anterioridad al siglo XVIII, referida principalmente a animales domesticados, fue introducida en las ciencias por el naturalista francés Louis LeClerc, conde de Buffon, en 1749. Buffon veía en las razas humanas distinciones claramente definidas provocadas por los diferentes climas. La teoría climatológica de la diferencia de Buffon partía de una decidida convicción de la superioridad europea. Para Buffon, el estado natural de la humanidad se derivaba de los europeos, un pueblo que en su opinión «engendraba los hombres más hermosos y bellos» y representaba el «color genuino de la humanidad».

El botánico y naturalista sueco Linneo (Carolus Linnaeus) también hizo aportaciones duraderas al concepto de raza en esa época. El «sistema natural» de Linneo, que pasó a ser el cimiento de la clasificación de todas las especies, dividía a la humanidad en cuatro grupos: *Americanus*, *Asiaticus*, *Africanus* y *Europaeus*. A cada grupo el naturalista le adscribía características tipológicas o físicas y de comportamiento. Los *americanos* eran «rojizos, coléricos y tiesos; pelo negro... orificios nasales anchos... obstinados, alegres, libres... regulados por la costumbre». Los *asiáticos* eran «melancólicos, envarados; pelo negro, ojos oscuros... severos, altivos, ávidos... gobernados por las opiniones». Los *africanos* eran «negros, flemáticos... pelo negro, rizado... nariz roma; labios gruesos; mujeres sin vergüenza, amamantan con profusión; astutos, indolentes, negligentes... gober-

dados por el capricho». Finalmente, los  *europeos* eran «blancos, temperamentales, musculosos... ojos azules, amables... dotados de inventiva... gobernados por las leyes». <sup>9</sup> Hacia finales del siglo XVIII el científico alemán Johann Blumenbach estableció una clasificación de las razas que se basaba en la obra de Linneo y proponía cinco tipos raciales: caucásico, mongólico, etiópico, americano y malayo. La clasificación de Blumenbach postulaba la caucásica como la raza ideal, o media, y a ambos lados de esa media se encontraban los extremos raciales; la raza mongólica y la etiópica a un lado y la americana y la malaya al otro. Las dos divergencias del ideal caucásico se consideraban inferiores. <sup>10</sup>

Si la ciencia de las razas es una ciencia utilizada con objeto de degradar a un pueblo desde el punto de vista intelectual y físico, a comienzos del siglo XIX los científicos norteamericanos desempeñaron una función crecientemente activa en su desarrollo, a la vez que conformaban el concepto de raza. Científicos como Samuel Morton, Josiah Nott y George Gliddon ofrecieron toda una gama de explicaciones acerca de la superioridad racial de los blancos orientadas a la índole de las diferencias físicas e intelectuales entre las razas, a delimitar las posiciones «naturales» de los grupos raciales en la sociedad estadounidense y a argumentar acerca de la aptitud para la ciudadanía de los no blancos. En la base de esos estudios, conocidos como la «Escuela Americana de Antropología», estaba la teoría de la poligenia: la creencia de que la jerarquía de las razas humanas obedecía a creaciones separadas. Los experimentos de Samuel Morton sobre la capacidad craneal y la inteligencia trataban de demostrar esa teoría. Morton recogió centenares de cráneos de todo el planeta, midió su volumen y concluyó que las razas caucásica y mongólica eran las de mayor capacidad craneal y, por lo tanto, las más inteligentes, mientras que los africanos eran los de menor capacidad craneal y, por lo tanto, los menos inteligentes. Estos trabajos fueron la base de más de un siglo de estudios sobre la inteligencia y la raza. Más de cien años después de la muerte de Morton, el biólogo evolutivo Stephen Jay Gould, utilizando el mismo material y métodos experimentales que Morton, no llegó a las conclusiones a las que éste había llegado. Gould concluyó que las ideas subjetivas de Morton sobre la diferencia entre razas habían influido en sus métodos y conclusiones, y le habían llevado a omitir datos contradictorios y a dar más o menos importancia a determinados cráneos, consciente o inconscientemente, para ajustarse a sus conclusiones preconcebidas. <sup>11</sup> En efecto, el caso de Samuel Morton ilustra cómo las concepciones sociales de la diferencia humana conforman la ciencia de la raza.

## IDEAS SOBRE LA RAZA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

A comienzos del siglo XX, las explicaciones de la diferencia racial basadas en rasgos físicos cuantificables y observables, como la capacidad craneal y el color de la piel, dejaron paso a una nueva forma completamente diferente de concebir

el asunto. La raza pasó a entenderse, más bien, como un reflejo de diferencias ocultas que los científicos de la época atribuían a los factores hereditarios recientemente descubiertos, también conocidos como los genes. Muy pronto la genética pasó a ofrecer el lenguaje formativo del racismo moderno, a medida que las ideas sobre las diferencias raciales echaron raíces en la biología. Esta genitización de la raza –es decir, la idea de que las diferencias raciales en la apariencia y los complejos comportamientos sociales pueden entenderse en términos de distinciones genéticas entre los llamados grupos raciales– tomó cuerpo, en gran parte, debido al movimiento de la eugenesia. Durante las dos primeras décadas del nuevo siglo, muchos genetistas se consideraban eugenistas. La eugenesia, según Francis Galton, el fundador del movimiento, prometía dar a «las razas o linajes de sangre más adecuados una mejor oportunidad de prevalecer sobre los menos adecuados». <sup>12</sup> Esto podía lograrse bien a través de una eugenesia positiva –se alentaba a determinados grupos a cruzarse entre sí– o bien a través de una eugenesia negativa –en la que se denegaría a determinados grupos o individuos el derecho a reproducirse, ya fuese mediante la esterilización, como ocurrió en los Estados Unidos, o mediante el genocidio, como ocurrió en la Alemania nazi. Bajo este estandarte biológico, la ciencia racial eugenésica ejerció una variada influencia: devino una poderosa fuerza ideológica en la Alemania nazi, influyó en la promulgación de la legislación sobre esterilización eugenésica en los Estados Unidos, que dio lugar al menos a 30.000 esterilizaciones, alimentó el odio racial en el país a principios del siglo xx, y apuntaló con argumentos científicos la ideología racial estadounidense a lo largo del siglo xx. <sup>13</sup>

Durante las tres primeras décadas dicha centuria, los eugenistas y muchos genetistas defendían a ultranza «la creencia de que las razas humanas se diferenciaban hereditariamente por importantes rasgos mentales y físicos, y que los cruces entre razas completamente diferentes eran perjudiciales desde un punto de vista biológico». Los eugenistas norteamericanos dedicaron considerables recursos al estudio de las diferencias entre negros y blancos durante las tres primeras décadas del siglo xx y trataron de aplicar tales ideas a la esfera pública. Reputados genetistas escribieron abiertamente que «el mestizaje solo puede llevar a la infelicidad en las condiciones sociales actuales y, en nuestra opinión, es en cualquier condición social un error desde un punto de vista biológico». <sup>14</sup> En su obra fundamental sobre raza e inteligencia, *Race crossing in Jamaica* (1929), Charles Davenport, un biólogo formado en Harvard y autoridad máxima de los movimientos eugenésicos estadounidenses desde principios del siglo xx hasta la década de 1930, escribió: «llegamos a la conclusión de que hay un fundamento constitutivo, hereditario, genético para la diferencia entre las dos razas [blancos y negros] en los tests de inteligencia. Nos vemos obligados concluir que hay diferencias raciales en la capacidad mental». <sup>15</sup> En su influyente texto *Applied Eugenics* (1933), los eugenistas Paul Popenoe y Roswell Hill Johnson, que apoyaban la segregación como una «adaptación social», escribieron que «la raza negra difiere

considerablemente de la raza blanca, mental y físicamente, y en muchos sentidos puede decirse que es inferior cuando se somete a prueba con los requisitos de la civilización moderna y del progreso». Es más, sugirieron que «se ha observado que los negros, tanto los niños como los adultos, son notablemente inferiores a los blancos en capacidad vital (...). También existen diferencias en temperamento y reacción emocional, y puede que sean más importantes que las diferencias puramente intelectuales». <sup>16</sup> Debe señalarse que se ha demostrado que todas las razones genéticas de la diferencia racial aducidas por los eugenistas –de las diferencias en coeficientes de inteligencia, pasando por los índices de enfermedad, a la musicalidad– son falsas.

Los propagandistas de la eugenesia otorgaron a la raza una permanencia inalterable; ni la educación, ni los cambios en el ambiente o el clima, ni la erradicación del racismo mismo podrían alterar el destino de los no blancos. En los Estados Unidos, la influencia de la eugenesia en las cuestiones de la diferencia humana fue considerable. En Virginia, Walter Plecker, eugenista y partidario de la supremacía de la raza blanca, contribuyó, como jefe de la Oficina Estatal de Estadísticas Vitales, a dar forma a la política segregacionista del Estado. Por ejemplo, Plecker auspició la aprobación en 1924 de la Ley de Integridad Racial contra el mestizaje, y utilizó la ley para desenmascarar a individuos que según él se hacían pasar por blancos en un intento de impedir lo que en su opinión era un deterioro de las razas a causa del mestizaje. <sup>17</sup>

Los intelectuales afroamericanos destacaron entre los que dieron respuesta al coro creciente de pensamiento científico racista en esta época. En 1909 Kelly Miller, el decano de la Howard University, arremetió contra el racismo científico al escribir que «dado que la civilización no es un atributo del color de la piel, o de los rizos del pelo, o de la curvatura de los labios, no es necesario modificar esas peculiaridades físicas (...)». <sup>18</sup> El crítico más acérrimo del concepto de raza biológica fue W.E.B. Du Bois, fundador de la NAACP [Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color] y editor de la revista de la Asociación, *The Crisis*. Du Bois cuestionó el concepto de raza biológica en un momento en que la ciencia estaba siendo utilizada al servicio de ideas y prácticas racistas. Du Bois fue el primero en sintetizar una creciente bibliografía antropológica en la que se argüía que la raza no era, de hecho, una categoría científica útil y se demostraba que era una construcción social. Por ejemplo, Du Bois creía que la raza era un baremo ineficaz puesto que «las especies humanas están tan difuminadas y mezcladas unas con otras que (...) es imposible trazar una línea de color entre la raza negra y las otras razas». <sup>19</sup>

## IDEAS SOBRE LA RAZA A MEDIADOS DEL SIGLO XX

A comienzos de la década de 1930, un número cada vez mayor de genetistas, antropólogos y sociólogos empezaron a apartarse de las descripciones tipológicas y eugenésicas de la diferencia humana para pasar a ver las razas a través de la lente de la genética de poblaciones y la biología evolutiva. Este planteamiento rechazaba la noción eugenésica de diferencias genéticas fijas entre los llamados grupos raciales, y más bien concebía las razas humanas como poblaciones dinámicas que se distinguen por variaciones de la frecuencia de los genes entre las poblaciones. Al derivar el significado de raza de la variación genética se hacía más difícil (si bien aún era posible) afirmar que una raza u otra tenía rasgos particulares especialmente asociados a ella, o que un individuo era típico de una raza. Es más, los cuatro o cinco grupos raciales determinados por los científicos de los siglos XVIII y XIX variaban ahora en función de los genes y los rasgos examinados por los genetistas. Theodosius Dobzhansky, el biólogo evolutivo cuyo trabajo entre la década de 1930 y la de 1970 ejerció una influencia enorme en la manera en que los científicos pensaban sobre la raza, concluyó que el número de razas humanas variaba en función de los rasgos que se examinaban. De hecho, el concepto de raza en el contexto de la genética de poblaciones y la biología evolutiva es simplemente una herramienta para que la «diversidad genética sea inteligible y manejable» en los estudios científicos.<sup>20</sup> En otras palabras, aunque las diferencias humanas son reales, la forma de organizar esas diferencias es una decisión metodológica que no refleja una jerarquía evolutiva subyacente o la conservación de rasgos racializados a través de la mezcla de poblaciones. Este nuevo planteamiento se derivó de nuevos hallazgos en genética que demostraron que la variación genética era mucho más frecuente en una misma especie de lo que anteriormente se creía, y del desarrollo de lo que se conoce como la síntesis evolutiva en biología, la confluencia de la genética de poblaciones, la genética experimental y la historia natural, que rechazaba las nociones eugenésicas de la diferencia entre y en las especies. Finalmente, los cambios en el concepto de raza recibieron la influencia de un grupo creciente de científicos por lo general más liberales en las cuestiones de raza que sus predecesores.

Desde la década de 1930 hasta la de 1950, los libros de los biólogos Dobzhansky y L.C. Dunn, de los antropólogos Ruth Benedict y Ashley Montagu, del politólogo y posteriormente premio Nobel Ralph Bunche, y del historiador Jacques Barzun popularizaron la idea de que la raza no era la constante inmutable que otrora proclamó la ciencia. Los avances en genética, en particular el descubrimiento de la estructura de la doble hélice en 1953, confirmaron la complejidad de la herencia humana y siguieron minando las teorías simplistas de los eugenistas y otros estudiosos de las razas, que propugnaban la idea de una taxonomía racial fija. Sin embargo, a pesar de las mejores intenciones de científicos como Dobzhansky y Dunn de reconceptualizar el concepto de raza para



la biología moderna, todo indica que esos genetistas y sus aliados científicos en última instancia contribuyeron a preservar el concepto de raza en la ciencia, y por lo tanto a que estuviera a disposición de los racistas científicos y no científicos: su utilidad metodológica para los biólogos evolutivos y genetistas de poblaciones sería rápidamente explotada y manipulada por los racistas (científicos o no). Dobzhansky comprendió esa posibilidad, que temía. Era consciente de la naturaleza imprecisa del concepto de raza y le preocupaba que un concepto genético de raza pudiera también empezar a «servir de norma racial con la que los individuos y los grupos de individuos puedan compararse» del mismo modo que podía hacerse con el concepto tipológico de raza.<sup>21</sup> Ahora bien, para él y otros genetistas de la población y biólogos evolutivos de mediados de siglo, el concepto de raza era una herramienta metodológica con la que medir la diferencia genética dentro de las especies, no un modo de entender las diferencias intelectuales y físicas entre gente con un color de piel diferente.

La influencia de ese nuevo modo de pensar sobre la raza se extendió rápidamente más allá de los círculos científicos. Por ejemplo, en 1944 el libro *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy*, del economista sueco Gunnar Myrdal, trataba de replantear los problemas raciales de los Estados Unidos como un conflicto moral entre los impulsos igualitarios del credo democrático estadounidense y las prácticas racistas del país. Myrdal rechazaba la idea de la supremacía de los blancos sobre los negros en una jerarquía biológica inamovible de razas; su conclusión estaba influida por los cambios en el concepto de raza biológica. En varios capítulos de *An American Dilemma* se examinaban descubrimientos de la época en genética que conducían a rechazar las nociones tipológicas y eugenésicas de raza a favor de una idea de raza como «noción cuantitativa de la frecuencia relativa de antepasados comunes y rasgos diferenciadores». Myrdal reconocía «la gran variabilidad de rasgos entre individuos en todo grupo de población (...) y las numerosas superposiciones entre todos los grupos existentes». Finalmente, Myrdal creía que a través de la genética «se está estableciendo científicamente (...) la unidad y semejanza fundamentales de la humanidad».<sup>22</sup>

Es importante observar que el texto de Myrdal se cita en la histórica sentencia de 1954 del Tribunal Supremo de los Estados Unidos *Brown contra la Junta de Educación*, que derribó por unanimidad la segregación legalizada en la educación pública. En esa sentencia no se formulaban observaciones directamente sobre la naturaleza de la raza o sobre la supuesta superioridad o inferioridad de los grupos raciales, sin embargo, al determinar los efectos perjudiciales de la segregación en las psiques de los niños negros y la iniquidad de provocar en esos niños «un sentimiento de inferioridad», el Tribunal reconocía implícitamente que era un error considerar que una raza es inferior o superior. Aunque no se cita en la sentencia *Brown*, es difícil imaginar que la publicación de las dos «Declaraciones sobre la raza» de 1950 y 1951 de la Organización de las Naciones Unidas para la



Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), en las que se pretendía situar el concepto de la raza directamente en el contexto de la genética de las poblaciones y la biología evolutiva, no tuviera también algún tipo de influencia en el pensamiento del Tribunal. En la primera Declaración se afirmaba que «desde el punto de vista biológico, la especie *Homo sapiens* se compone de un número determinado de grupos, cada uno de los cuales difiere de los demás por una frecuencia diferente en la distribución de los genes», y que «en realidad, a todos los efectos sociales prácticos, la ‘raza’ no es tanto un fenómeno biológico como un mito social». Si bien la primera Declaración, auspiciada por Ashley Montagu, hacía un llamamiento para que se abandonara el concepto de raza a favor del de grupos étnicos, la segunda Declaración se agarraba a la validez del concepto de raza derivado de la genética de las poblaciones analizado anteriormente. Sin embargo, Montagu no se desalentó y pasó gran parte del resto de su carrera luchando contra el uso del concepto de raza en el pensamiento científico, convencido de que no era correcto desde un punto de vista científico porque era una «palabra desencadenante (...); al pronunciarla se sucede toda una serie de respuestas emocionalmente condicionadas».

Aun cuando el pensamiento biológico y antropológico adoptó el nuevo concepto de raza derivado de la genética, muchos científicos se aferraron a nociones obsoletas de raza, lo que sugería que incluso conceptos científicos ampliamente aceptados y validados no podían ser un antídoto para el racismo de muchos en este ámbito y muchos otros. R.A. Fisher, uno de los fundadores de la genética de poblaciones, afirmó en 1951, por ejemplo, que «el conocimiento científico disponible proporciona una base firme para creer que los grupos de la humanidad difieren en su capacidad innata para el desarrollo intelectual y emocional».<sup>24</sup> Escribiendo en 1961, Carlton Coon, elegido hacía poco Presidente de la Asociación Americana de Antropólogos Físicos, resucitó el racismo científico decimonónico de Samuel Morton, y afirmó en su libro *The Origin of Races* que las cinco razas de la humanidad habían evolucionado por separado hacia el *Homo sapiens*. La persona de confianza de Coon, y también primo suyo, era el famoso racista de mediados del siglo xx Carlton Putnum, cuyo panfleto racista, *Race and Reason*, se basaba en gran medida en *The Origin of Races*.<sup>25</sup>

El hecho de que estos debates sobre la naturaleza de la raza y la diferencia racial tuvieran lugar durante los años del Movimiento de Derechos Civiles de los Estados Unidos ayuda a ilustrar la relación entre ciencia y sociedad. Dobzhansky y otros biólogos reformularon el concepto de raza porque lo consideraban importante desde un punto de vista metodológico para su labor y porque querían expulsar del pensamiento y la práctica científicos el racismo inherente a las ideas tipológicas y eugenésicas sobre la raza. Mientras la ciencia debatía el significado de raza en biología, las consecuencias aberrantes del racismo norteamericano estaban a la vista de todos. La misma semana en que la UNESCO publicó su «Segunda Declaración sobre la raza» una turba de tres mil blancos impidió que

un veterano del ejército de los Estados Unidos, afroamericano, se mudara a un apartamento en un edificio habitado hasta entonces exclusivamente por blancos en Cicero, Illinois.<sup>26</sup>

## IDEAS SOBRE LA RAZA A FINALES DEL SIGLO XX

En las décadas de 1960 y 1970, los genetistas pudieron exponer con creciente sofisticación y precisión las deficiencias del concepto de raza en biología. En 1972 el genetista Richard Lewontin, que había sido alumno de Dobzhansky en Columbia en la década de 1950 y estaba considerado una eminencia en su disciplina, publicó un estudio en el que demostraba que las poblaciones humanas eran todavía más diversas genéticamente de lo que se creía. Lewontin, por medio de las técnicas genéticas moleculares de la electroforesis en gel de las que él mismo había sido pionero a mediados de la década de 1960, observó que la mayor parte de la variación genética (85,4%) estaba «contenida en» los grupos raciales o «entre las poblaciones de una raza» (8,3%), mientras que tan solo el 6,3% de «la variación humana se justificaba por medio de una clasificación racial». A raíz de estos hallazgos, Lewontin concluyó que la raza no tenía «prácticamente significación genética alguna». Al fin y al cabo, si se daba una mayor diversidad genética en el seno de los denominados grupos raciales que entre grupos diferentes, ¿qué mediría exactamente la raza si se utilizara para organizar las poblaciones en función de la diferencia genética? Lewontin concluyó que el «uso de categorías raciales debe sacar sus justificaciones de alguna otra fuente que no sea la biología. Uno de los rasgos notables de la evolución y la historia humanas ha sido el grado ínfimo de divergencia entre poblaciones geográficas en comparación con la variación genética entre individuos».<sup>27</sup>

A finales del siglo xx, el genetista L. Luca Cavalli-Sforza confirmó los descubrimientos de Lewontin mediante las técnicas actuales basadas en el ADN. Sus resultados demostraron que no había una discontinuidad genética significativa entre ninguna de las llamadas razas en nuestra especie que justificara el uso de la clasificación racial en los humanos. Cavalli-Sforza estaba convencido de que esos resultados y los de otros estudios implicaban que la genética de poblaciones y la biología evolutiva habían demostrado de forma satisfactoria que la «subdivisión de la población humana en un pequeño número de grupos claramente diferenciados, raciales o continentales, (...) no viene avalada por el análisis actual del ADN». Dado que los estudios venían confirmando los resultados de Lewontin desde hacía casi tres décadas, Cavalli-Sforza pensaba que «ahora la carga de la prueba recae sobre los partidarios de una base biológica para la clasificación racial humana».<sup>28</sup>

Sin embargo, aunque estaba cada vez más claro que el concepto de raza no era una herramienta útil de clasificación, varios prominentes científicos, ninguno de

ellos genetista, siguieron afirmando que la raza era, de hecho, un concepto biológico legítimo y que los que argumentaban contra la raza tenían intereses políticos, no científicos. Por lo general, los debates sobre la naturaleza de la raza en la ciencia llegaban al público a través de estas conclusiones. Por ejemplo, en 1969 el psicopedagogo Arthur Jensen, profesor de la Universidad de California, en Berkeley, afirmó que la inteligencia, o el coeficiente intelectual (CI), tenía una elevada carga genética, y que por lo tanto la corrección de las discrepancias raciales en el CI mediante la educación era inútil.<sup>29</sup> Unos años antes, el premio Nobel de física William Shockley, catedrático en la Universidad de Stanford y coinventor del transistor, hizo afirmaciones similares al hacer un llamamiento para que las Academias Nacionales de la Ciencia investigaran los aspectos genéticos de lo que había denominado el «problema de los barrios marginales» de nuestra nación.<sup>30</sup> El intento de hombres como Jensen y Shockley de utilizar el concepto biológico de raza demuestra que por mucho que biólogos como Dobzhansky, Montagu y Lewontin trataran de delimitar la definición de raza en el contexto de la biología o incluso dejaran de utilizar el concepto por completo, y a pesar del viraje desde la tipología al pensamiento poblacional, la raza podría utilizarse, y de hecho se utilizaría, para fines tipológicos, racistas y ajenos a la ciencia.

Más que debatir la naturaleza biológica de la raza, en la década de 1970 algunos científicos empezaron a debatir la naturaleza biológica del racismo. La sociobiología, en la versión concebida por el entomólogo E.O. Wilson, afirmaba que el racismo, la xenofobia y el etnocentrismo eran rasgos biológicos. La sociobiología ofrecía teorías sobre por qué, desde un punto de vista evolutivo y genético, los pueblos se odiaban y temían mutuamente y desconfiaban los unos de los otros. De modo que mientras la teoría sociobiológica no presta atención al concepto biológico de raza, los significados sociales de la raza pasaron a ocupar el centro de esa investigación mediante el estudio del racismo. En la estela de la transformación social suscitada por el Movimiento de Derechos Civiles, la década de 1970 fue testigo de una reacción contra la lucha por la igualdad en los Estados Unidos. Una teoría sociobiológica del racismo y su popularización parecían perfectamente adecuadas para esos tiempos. Como ha afirmado Henry Louis Gates, la sociobiología, en cierto modo, ha «naturalizado el racismo» al ofrecerle una base genética.<sup>31</sup>

## CONCLUSIÓN: EL CONCEPTO DE RAZA EN EL SIGLO XXI

En una ceremonia celebrada en junio de 2000 en la rosalda de la Casa Blanca, el Presidente Bill Clinton, flanqueado por Francis Collins y Craig Venter, secuenciadores del genoma, anunció que se había completado un borrador de la secuencia del genoma humano, la secuencia completa del ADN humano. Collins, director del Instituto Nacional de Investigación sobre el Genoma Humano, y Venter, a la

sazón presidente de Celera Genomics, presentaron al mundo sus datos genómicos, que mejoran nuestro conocimiento de la biología humana y, a su vez, ayudarán a los profesionales de la medicina y de la salud pública a prevenir, tratar y curar enfermedades.

Ese día, Venter y Collins subrayaron que su trabajo confirmaba que la diversidad genética humana no puede recogerse en el concepto de raza, y que además demostraba que todos los humanos tienen secuencias de genoma que son idénticas en un 99,9%. En la celebración de la Casa Blanca, Venter dijo «el concepto de raza no tiene fundamento genético ni científico». <sup>32</sup> Un año más tarde, Collins escribió «los que desean trazar límites raciales precisos alrededor de ciertos grupos no podrán utilizar la ciencia como justificación legítima». <sup>33</sup> Sin embargo, desde el anuncio de la Casa Blanca se ha registrado un aumento en las afirmaciones de que la raza es una clasificación significativa desde el punto de vista biológico. El epidemiólogo genetista Neil Risch cree que «identificar las diferencias genéticas entre las razas y los grupos étnicos (...) es pertinente científicamente». Risch afirma que la raza es fundamental para ayudar a determinar «diferencias en la respuesta a tratamientos o prevalencia de enfermedades entre grupos étnicos o raciales» y es un férreo partidario de la «búsqueda de genes candidatos que contribuyan a la susceptibilidad a las enfermedades y a la respuesta a los tratamientos, dentro y fuera de grupos raciales o étnicos». <sup>34</sup> Incluso el mismo Collins sugirió en 2005 que ahora es necesario estudiar de qué modo la variación genética y el riesgo de enfermedades se correlacionan con «la raza que uno identifica como propia y cómo podemos utilizar esa correlación para reducir el riesgo de que las personas enfermen». <sup>35</sup> Y esta es la paradoja de la era genómica por lo que respecta a la raza: con precisión renovada, los científicos pueden demostrar que la raza no recoge con exactitud la diversidad genética humana, pero al mismo tiempo otros afirman que es un sucedáneo útil para plasmar mejor la diversidad genética humana, un sucedáneo que es especialmente útil en entornos biomédicos.

El que hayan aumentado tanto las afirmaciones de que la raza es un concepto taxonómico útil para los humanos parece impulsado por varios factores. En primer lugar, la tecnología genómica ha mejorado nuestra capacidad de examinar el 0,1% de ácidos nucleicos del genoma humano que, como media, varían entre individuos. Algunos científicos confían en el concepto de raza para entender la variación genética en esa pequeña porción de nuestros genomas. En segundo lugar, la historia del concepto de raza biológica sugiere que la raza está profundamente incrustada en el pensamiento científico. Esa historia sigue modelando el pensamiento científico sobre la diferencia humana. Finalmente, la tarea fundamental de entender y reducir las disparidades que se conocen en la salud –incluidas las disparidades entre enfermedades como las cardiopatías, el cáncer y la diabetes– mantiene a los investigadores ocupados en la búsqueda de todas las explicaciones posibles, incluidas las genéticas, a las disparidades en los resultados de salud. Impulsada por programas como «Gente Sana 2010» de los Institutos Nacionales

de Salud y «Enfoques Raciales y Étnicos a la Salud de la Sociedad» de los Centros para el Control de Enfermedades de los Estados Unidos, la búsqueda de las causas subyacentes de tales disparidades es una prioridad sanitaria en los Estados Unidos. La atención renovada en la raza y la genética apunta, sin embargo, a que el análisis de la compleja relación entre individuos, poblaciones, medio ambiente y salud puede abandonarse ante una visión racial del mundo.

Sería estúpido pensar que la ciencia nos sacará de algún modo de la ciénaga racial. A pesar de los avances en el pensamiento científico sobre la raza, el racismo y la creencia en las razas persisten. El racismo es tan complicado que la ciencia por sí sola no puede erradicarlo. No obstante, los científicos tienen mucho que ofrecer al debate sobre la naturaleza de la raza y la clasificación racial, y haríamos bien en escuchar lo que dicen. Los genetistas Kelly Owens y Mary-Claire King son conscientes de ello cuando escriben: «Por supuesto, el prejuicio no necesita una base racional, y aún menos una base evolutiva, pero aún así vale la pena desechar con pruebas genéticas el mito de las grandes diferencias genéticas entre las 'razas'». <sup>36</sup>

Traducción de Pilar Aguilar

## REFERENCIAS

- BARKAN, Elazar, *Retreat Of Scientific Racism: Changing Concepts Of Race In Britain And The United States Between The World Wars*, Nueva York, Cambridge University Press, 1992.
- BLACK, Edwin, *War Against The Weak: Eugenics And America's Campaign To Create A Master Race*, Nueva York, Four Walls Eight Windows, 2003.
- CAVALLI-SFORZA, L. L., «An Apportionment of Human DNA Diversity», *Proceedings of the National Academy of Science*, 94 (1997), págs. 4516-4519.
- DUNN, L. C. y Theodosius Grigorievich Dobzhansky, *Heredity, Race, And Society*, Nueva York, Penguin Books Inc., 1946.
- GAMBLE, Vanessa N., «A Legacy Of Distrust: African Americans And Medical Research», *American Journal of Preventive Medicine*, 9 (1993), págs. S35-S38.
- GOLDBERG, David Theo, *Anatomy Of Racism*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1990.
- GOULD, Stephen Jay, *The Mismeasure of Man*, Nueva York, Norton, 1996.
- GRAVES, Joseph L., *The Emperor's New Clothes: Biological Theories of Race At The Millennium*, New Brunswick, N.J., Rutgers University Press, 2001.
- HANNAFORD, Ivan, *Race: The History of An Idea In The West*, Washington, D.C., The Johns Hopkins University Press, 1996.
- ROBIN M. Henig, «The Genome in Black and White (and Gray)», *The New York Times Magazine* (10 de octubre de 2004), pág. 47.
- JEFFERSON, Thomas, *Notes on the State of Virginia*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1955.
- KEVLES, Daniel, *In The Name Of Eugenics: Genetics And The Uses of Human Heredity*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1995.
- LEWONTIN, Richard, *Human Diversity*, Nueva York, W.H. Freeman, 1982.
- MONTAGU, Ashley, *Man's Most Dangerous Myth: The Fallacy of Race*, Walnut Creek, Altamira Press, 1997.
- MYRDAL, Gunnar, *An American Dilemma: The Negro Problem And Modern Democracy*, New Brunswick, NJ, Transaction Publishers, 1996.
- OWENS, K. y M. C. KING, «Genomic Views of Human History», *Science*, 286 (1999), págs. 451-453.
- PAABO, Svante, «The Mosaic That Is Our Genom», *Nature*, 421 (2003), págs. 409-412.
- PROVINE, William, «Genetics And Race», *American Zoologist*, 26 (1986) págs. 857-887.
- RISCH, N., E. BURCHARD, E. ZIV y H. TANG, «Categorization of Humans In Biomedical Research: Genes, Race, And Disease», *Genome Biology*, 3 (2002), págs. 2007.1-2007.12.
- SMEDLEY, Audrey, *Race In North America: Origin And Evolution Of A Worldview*, Boulder, Colo., Westview Press, 1999.

## NOTAS

1. Véase, por ejemplo, P.C. Ng, Q. Zhao, S. Levy, R.L. Strausberg, y J.C. Venter, «Individual Genomes Instead of Race for Personalized Medicine», *Clinical Pharmacology and Therapeutics*, 84 (septiembre de 2008), págs. 306-309; Svante Paabo, «The Mosaic That Is Our Genome.» *Nature*, 421 (2003), págs. 409-412; Marcus Feldman, Richard Lewontin y Mary-Claire King, «Race: A Genetic Melting-Pot», *Nature*, 424 (2003), pág. 374; Alan Goodman, «Why Genes Don't Count (For Racial Differences in Health)», *American Journal of Public Health*, 90 (2000), págs. 1699-1672.
2. Entre las historias del concepto de raza cabe citar: Bruce R. Dain, *A Hideous Monster Of The Mind: American Race Theory In The Early Republic*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2002; Audrey Smedley, *Race In North America: Origin And Evolution Of A Worldview*, Boulder, Col., Westview Press, 1999; William Stanton, *The Leopard's Spots: Scientific Attitudes Toward Race In America, 1815-59*, Chicago, University Of Chicago Press, 1960; Nancy Stepan, *The Idea Of Race In Science: Great Britain, 1800-1960*, Hamden, Conn., Archon Books, 1982; Elazar Barkan, *Retreat Of Scientific Racism: Changing Concepts Of Race In Britain And The United States Between The World Wars*, Nueva York, Cambridge University Press, 1992; Stephen Jay Gould, *The Mismeasure Of Man*, Nueva York, Norton, 1996.
3. Thomas Jefferson, *Notes on the State of Virginia*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1955, págs. 138-140, 143.
4. Datos científicos recientes de ADN apuntan, por ejemplo, a que de la relación de Jefferson con su esclava Sally Hemmings se derivó al menos un niño. Véase E.A. Foster *et al.*, «Jefferson Fathered Slave's Last Child», *Nature*, 396 (1998), págs. 27-28; Eric S. Lander y Joseph J. Ellis, «Founding Father», *Nature*, 396 (1998), págs. 13-14.
5. Frank M. Snowden, *Before Color Prejudice: The Ancient View of Blacks*, Cambridge, Harvard University Press, 1983, pág. 107.
6. Ivan Hannaford, *Race: The History of an Idea in the West*, Washington, D.C., Woodrow Wilson Center Press, 1996, pág. 14, 17-60.
7. George M. Fredrickson, *Racism: A Short History*, Princeton, Princeton University Press, 2002, pág. 17.
8. Hannaford, 1996, pág. 123.
9. Agnes Smedley, *Race in North America: Origin and Evolution of a Worldview*, Boulder, Westview Press, 1999, pág. 164.
10. Stephen J. Gould, *Mismeasure of Man*, Nueva York, Norton, 1996, págs. 403-408.
11. Drew Gilpen Faust, *The Ideology of Slavery: Proslavery Thought in the Antebellum South, 1830-1860*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1981, pág. 14; Gould, 1996, pág. 70.
12. Francis Galton, *Inquires Into Human Faculty and Its Development*, Nueva York, MacMillan and Company, 1892, pág. 25.
13. Celeste Condit, *The Meanings of the Gene*, Madison, University of Wisconsin Press, 1999, pág. 27.
14. William Provine, «Genetics And Race», *American Zoologist*, 26 (1986), págs. 857-887.
15. American Philosophical Society, Charles Davenport Papers, Folder, Davenport, Charles B. Lecture: «Do Races Differ in Mental Capacity? March 1928». Esta investigación se publicó en el libro de Charles B. Davenport y Morris Steggerda, *Race Crossing in Jamaica*, Washington, D.C., Carnegie Institution of Washington, 1929.
16. Paul Popenoe y Roswell Hill Johnson, *Applied Eugenics*, Nueva York, The Macmillan Company, edición de 1933, págs. 283-284.
17. Gregory Dorr, *Segregation's Science: The American Eugenics Movement and Virginia, 1900-1980*, Microfilm de la Universidad, tesis doctoral inédita, 2000, pág. 515; Edwin Black, *War Against the Weak: Eugenics and America's Campaign to Create a Master Race*, Nueva York, Four Walls Eight Windows, 2003, págs. 159-182.
18. Kelly Miller, *Race Adjustment: Essays on the Negro in America*, Nueva York, Neale, 1909, pág. 44.
19. *The Health and Physique of the Negro American*, ed. W.E.B. Du Bois, 18 vols., vol. 11, «The American Negro: His History and Literature», Nueva York, Arno Press, 1968, pág. 16.
20. Theodosius Dobzhansky, *Mankind Evolving: The Evolution of the Human Species*, New Haven, Yale University Press, 1962, págs. 263-266.
21. Dobzhansky, *Genetics and the Origin of Species*, New York, Columbia University Press, (ed. 1982), pág. 60.
22. Gunnar Myrdal, *An American Dilemma: The Negro Problem and American Democracy*, New Brunswick, NJ, Transaction Publishers, ed. 1996, pág. 15.
23. Ashley Montagu, *Statement on Race: An Annotated Elaboration and Exposition of the Four Statements on Race Issued by the United Nations Educational, Scientific, and Cultural Organization*, Nueva York, Oxford University Press, 1972, págs. 7-13, 65.



24. American Philosophical Society, Leslie Clarence Dunn Papers, File, UNESCO, 1951, R. A. Fisher to Métraux, October 3, 1951.
25. John P. Jackson, Jr. *Science for Segregation: Race, Law, and the Case Against Brown V. Board of Education*, Nueva York, New York University Press, 2005.
26. Thomas Borstelmann, *The Cold War and the Color Line: American Race Relations in the Global Arena*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2001, pág. 55.
27. Richard Lewontin, «The Apportionment of Human Diversity», *Evolutionary Biology*, 6, 1972, págs. 381-398; Lewontin, *Human Diversity*, Nueva York, W. H. Freeman, 1982.
28. Guido Barbujani, Arianna Magagni, Eric Minch y L. Luca Cavalli-Sforza, «An Apportionment of Human DNA Diversity», *Proc Natl Acad Sci USA*, 94, 29 de abril de 1997, págs. 4516-4519.
29. Arthur Jensen, «How Much Can We Boost IQ and Scholastic Achievement?», *Harvard Educational Review*, 39, 1969, págs. 1-123.
30. Harold M. Schmeck, Jr., «Nobel Winner Urges Research on Racial Heredity», *The New York Times*, 18 de octubre de 1966, pág. 9.
31. Henry Louis Gates, Jr., «Critical Remarks», *Anatomy of Racism*, David Theo Goldberg, ed., Minneapolis, University of Minnesota Press, 1990, pág. 326.
32. Rick Wiess y Justin Gillis, «Teams Finish Mapping Human DNA», *Washington Post*, 27 de junio de 2000, pág. A1.
33. F.S. Collins y M.K. Mansoura, «The Human Genome Project: Revealing the Shared Inheritance of All Humankind», *Cancer*, 92, 2001, págs. S221-S225.
34. N. Risch, E. Burchard, E. Ziv y H. Tang, «Categorization of Humans in Biomedical Research: Genes, Race, and Disease», *Genome Biology*, 3, 2002, págs. 2007.1-2007.12.
35. Robin M. Henig, «The Genome in Black and White (and Gray)», *The New York Times Magazine*, 10 de octubre de 2004, pág. 47.
36. Kelly Owens y Mary-Claire King, «Genomic Views of History», *Science*, 286, 1999, págs. 451-453.

.....  
 MICHAEL YUDELL es profesor del Departamento de Salud y Prevención en la Comunidad de la Escuela de Salud Pública de la Universidad Drexel. Se doctoró en ciencias sociomédicas en la Universidad de Columbia. Es autor, junto con Rob DeSalle, de *Welcome to the Genome: A User's Guide to the Genetic Past, Present, and Future* (John Wiley, 2004). Yudell y DeSalle también editaron *The Genomic Revolution: Unveiling The Unity Of Life* (2002). Ha publicado asimismo artículos en revistas como *Nature Reviews Genetics*, *The Journal of the History of Biology*, *Genome Technology*, *Natural History*, y *American Scientist*. Su última obra es *Making Race: Biology and the Evolution of the Race Concept in 20th Century American Thought*, donde examina la forma en que los biólogos y los genetistas dieron forma al concepto de raza a lo largo del siglo xx desde la eugenesia hasta la secuenciación del genoma humano. En este libro presta mucha atención a la forma en que las concepciones científicas de la diferencia humana afectan a la salud pública y la medicina. El presente artículo apareció originalmente en *Gene Watch* 22 (3-4), 2009.